

PLIEGO

La vida como discurso

EL COMPAÑERO

Maria Lluïsa Oliveres
Presidenta de la Fundación
Alfonso Comín

Llevaba en la mano el libro de poemas de **Pedro Salinas** *Todo más claro*. Eso dio lugar a iniciar una conversación. Me prestó el libro. Al cabo de unos días se lo devolví y lo comentamos. Al despedirnos le dije que no me llamara más, que tenía novio; él me contestó: “Me da igual, porque te casarás conmigo”.

Es una larga historia de encuentro profundo. Teníamos 20 años, él era sólo unos meses mayor que yo. Desde entonces juntos, compañeros. Sólo un paréntesis. Al cabo de cinco años de conocernos, entré en las Hermanitas de Jesús de la Fraternidad de **Charles de Foucauld**. Había leído *En el corazón de las masas*, de **René Voillaume**, y pensé que la Fraternidad era mi lugar. Era el mes de diciembre de 1959. La separación fue dura, pero lo había reflexionado mucho, y **Alfonso** supo ayudarme, a pesar del dolor por la separación, a emprender este nuevo camino. La Fraternidad estaba situada en el barrio de la Bomba, en Madrid, un barrio de chabolas habitado mayoritariamente por emigrantes andaluces. Fue una experiencia que ha marcado mi vida para siempre, en realidad nuestras vidas, tal como escribe Alfonso en su libro *Fe en la tierra*. Los hermanos y hermanas de la Fraternidad siempre han estado presentes, muy cerca. Enfermé. Pasado un tiempo, ya casi recuperada del todo, Alfonso y yo volvimos a encontrarnos. El 6 de abril de 1961 nos casamos en una pequeña iglesia románica próxima a Barcelona. Nos acompañaba la familia y los amigos, éramos muchos celebrando nuestro compromiso, compartido y esperanzado.

De mi experiencia en la Fraternidad salí con una idea clara: vivir en el Sur, y fuimos precisamente a Málaga, porque allí había una Fraternidad de Hermanitas en la playa de San Andrés y también el hermanito **Juan Blanquet du Chayla**, que entonces vivía en el Corralón de Santa María, en una pequeña habitación con otros vecinos. La amistad ha ido creciendo, siempre ha estado a nuestro lado en el momento preciso.

El tiempo de Málaga fue decisivo. Intentábamos vivir de una forma coherente con lo que pensábamos, sin estridencias ni heroísmos. En esto, el testimonio de los hermanos y hermanas de la Fraternidad fue fundamental. Alfonso dejó de ejercer de ingeniero. Vivíamos en un barrio obrero, la barriada Giron, en las Escuelas Profesionales del Ave María. Daba clases en la escuela y también en la Escuela Profesional de los Jesuitas, en el barrio del Palo, más tarde también en la Escuela de Peritos. Colaboraba en la creación de cooperativas de trabajo.

Desde los 20 años fuimos compañeros, y es lo que hemos sido durante toda la vida. No me gustaba presentarle como mi “novio”, tampoco me gustaba demasiado decir “mi marido”. Era sobre todo mi compañero. Por supuesto, nunca digo que soy la viuda de Alfonso Comín. Incluso ahora que lo estoy escribiendo me cuesta.

No puedo hablar de él con perspectiva. Está demasiado cerca. Cuando le conocí tuve la impresión de que había encontrado a alguien con el que podía ir cogida de la mano, corriendo hacia adelante, en una misma dirección. Así fue el encuentro, no me refiero al hecho de habernos conocido, sino al encuentro de persona a persona. Era tan fuerte que lo superaba todo. Tuvimos muchas dificultades, externas y también internas, pero salíamos adelante con fuerza renovada. Parecía como si algo que estaba por encima de nuestra voluntad nos empujara el uno hacia el otro.

Compartíamos todo, aunque teníamos una gran independencia, y esto enriquecía la relación. No había identificación. Cuando esto pasa en una pareja, los dos pierden. Pienso que la dependencia es una mala sustituta del amor. El amor, para crecer, necesita libertad, y sólo así es como se da el encuentro entre dos personas diferentes y libres, que quieren compartir y comprometerse. No fue un camino de rosas; la convivencia, cuando no se ampara en la monotonía, no es fácil. Y así iniciamos nuestra andadura. Si bien es verdad que al cono-

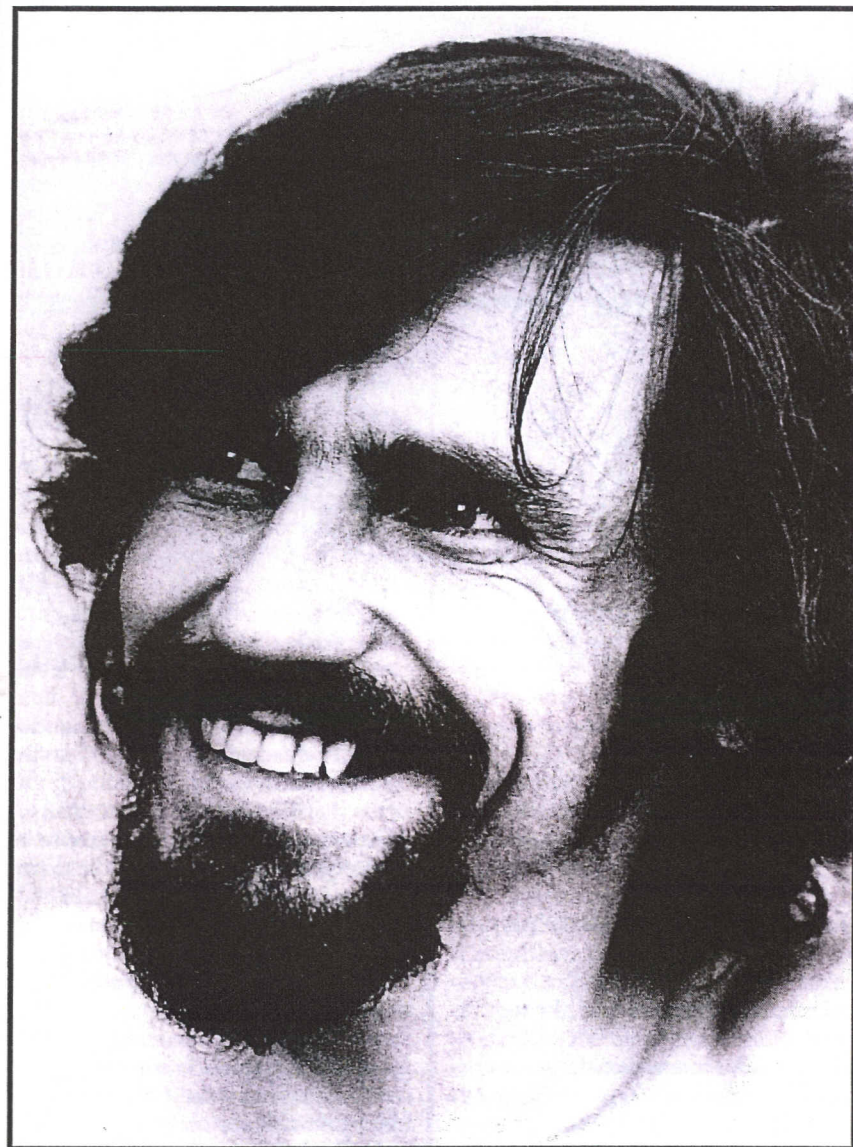
cernos tan jóvenes nos fuimos haciendo el uno al otro, pero intentado sumar para poder crecer cada uno; y aunque es más difícil, la relación es más rica. Alguna vez comentábamos que la unión era tan fuerte que iba más allá de nosotros mismos, como si una fuerza nos arrastrara. Es difícil de explicar, y quizá más difícil de entender. Era más fuerte que nosotros mismos.

Alfonso se convirtió en Málaga en una persona peligrosa. Era ingeniero y no ejercía, y esto era sospechoso. Teníamos reuniones en casa con gente de la Juventud Obrera Católica (JOC), con sindicalistas, con los vecinos del barrio que trabajaban en las fábricas próximas. Hasta tal punto lo tenían fichado, que más de una persona había perdido su puesto de trabajo por frecuentar nuestra casa, que estaba controlada por la policía. También nos avisaron de que si surgía cualquier conflicto en cualquier punto de la ciudad lo responsabilizarían a él aunque no tuviera nada que ver. Inició una intensa labor de estudio en el campo de la sociología del trabajo y empezó a trabajar en su obra *España del Sur (Aspectos sociales y económicos del desarrollo industrial de Andalucía)*, en la cual pretendía penetrar en este campo menos estudiado de la problemática andaluza.

Al cabo de cuatro años, volvimos a Barcelona. Los diferentes controles, tanto el eclesial como el político, hacían casi imposible la efectividad de las mínimas tareas impuestas. Esta situación, junto a la grave enfermedad de mi madre, nos hizo decidir volver a Barcelona. Regresamos con un modo distinto de vivir la vida. Volvíamos con dos hijos: **María**, de 3 años, y **Pere**, de 2. Al cabo de seis meses, nació **Elisabet**. Pensamos que educar y cuidar de los hijos pasaba por proporcionarles un entorno donde, de forma natural, entendieran que tener lo esencial y necesario no tiene nada que ver con tener “de todo”.

La vida en Barcelona siguió la misma línea que en Málaga. Aunque no vivíamos en una barriada obrera, el compromiso con el mundo obrero era el mismo. Colabora-

Alfonso Comín fue un hombre de fe, y ahí radicaba su verdadera fuerza



ba en cursos de formación sindical en las escuelas sociales de los barrios, que se realizaban en la clandestinidad. Trabajaba en la Escuela Profesional del Clot, escuela nocturna de los jesuitas, y era profesor en EMI (Escuela de Mandos Intermedios). Fue un tiempo de gran actividad en cuanto a conferencias, colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras en el interior del estado, ya que le habían retirado el pasaporte por motivos políticos.

Por un artículo publicado en *Témoignage Chrétien* de París ("Después del referéndum, la represión"), en el que se analizaba el referéndum del 14 de diciembre de 1966 sobre "la ley orgánica del Estado", se le inició un sumario que concluyó con un acto de procesamiento. En enero de 1968, en el juicio oral ante el Tribunal de Orden Público (TOP), él mismo asumió su propia defensa, al ser rechazados por el tribunal los testigos propuestos por el abogado defensor. Al juicio asistieron muchos periodistas y observadores nacionales y extranjeros. En su discurso, denunció con valentía

las injusticias y la falta de libertad existentes en el país y se reafirmó en sus convicciones. Le condenaron a un año y cuatro meses de prisión por el delito de propaganda ilegal contra el régimen franquista. Interpuso un recurso de casación ante el Tribunal Supremo.

El primer día del Estado de excepción, el 24 de enero de 1969, durante una reunión en casa con motivo de la estancia en Barcelona de *madame Mounier*, esposa del fallecido filósofo francés **Emmanuel Mounier**, fue detenido junto a 22 amigos de forma espectacular con un gran despliegue de policía armada. Después de seis días de interrogatorios en la Comisaría Superior de Policía, Alfonso, junto a cinco amigos más, ingresaron en la cárcel Modelo de Barcelona acusados de reunión ilegal. Estuvieron en prisión cinco semanas. A la salida de la cárcel, se quedó sin trabajo. Por presiones de **Fraga Iribarne**, en aquel momento ministro de Información y Turismo, los compañeros de la Editorial Nova Terra le despidieron.

Alfonso entró a cumplir condena el 7 de octubre del mismo año, ya que el Tribunal Supremo le denegó el recurso de casación y ratificó la sentencia del TOP. Durante este encarcelamiento, su salud se resintió considerablemente. Tengo todas las cartas que me escribió desde la cárcel. Quiero transcribir algunos párrafos de una de ellas:

"Querida Maria Lluisa: Pasado mañana ya pondremos 70. Pasaron los 50, nuestros 50, pasaron los 60, nuestros 60, aún más nuestros, más fecundos. Los 70 los iniciamos así, ha vuelto el frío, la humedad, a veces el viento, aquí no se sabe si Norte o Sur, se nos resguarda de muchas cosas. Pasan los minutos, horas, días, semanas, meses... El día del cumpleaños de Elisabet, justamente tres meses. Hay una redención valorada en mes y medio para ese tiempo, ¿la otra, quién la mide? Todo recuerda nuestras tareas, cuánto quehacer por delante, y es como si supiéramos de antemano que nos quedaremos a medio camino. (...) Tareas y quehaceres que necesitan la libertad y constatar el espesor del encierro. Y día a día ir construyendo, ladrillo sobre ladrillo, esta libertad interior, la que estamos aprendiendo, levantando juntos. (...) Pienso, a veces, te acuerdas, en cierto sentido de la alegría que aprendimos en Bernanos, en una pobreza que nos viene dada, como si nos tuvieran en una lista, y que al ir la aceptando en lo hondo revela el sentido de mucho de lo sucedido anteriormente. Apenas hay margen para los romanticismos, las tareas se cumplen austeramente, ásperamente, en un difícil desierto habitado, en la aridez de la realidad, pero todo impregnado de las más ténues y verdaderas solidaridades cotidianas. (...) Sí, este tiempo es misterioso, estamos sumergidos más que nunca en este misterio de la liberación humana, por la que luchamos, vivimos, sabemos el sentido del propio misterio. (...) En esta desnudez de la celda, de la cárcel, donde cada quien es cada quien, la hipocresía y las buenas palabras resultan plásticas, insoportables, la gran trampa. Sólo que a veces el ruido de la ciudad anda tan lejos, tan apagado, que uno piensa que el tiempo se paró, que todo espera a que salgas, que no puede ser una unión tan fuerte, con los gruesos muros por medio. No, no "contamos nuestros años por relevos de rosas"; diría que por engarces de tiempos difíciles. (...) Pero nadie puede romper nuestro tiempo. Un abrazo muy fuerte. Alfonso".

Los niños sabían —se lo habíamos contado— que papá estaba en la cárcel porque había escrito algo que no les gustaba a los que mandaban. O sea, que estaba en la cárcel por defender la verdad. Recuerdo que una noche, cuando estábamos cenando,

PLIEGO

Pere miraba triste hacia la terraza, que estaba oscura, y preguntó: “Mamá, ¿cuándo volverá papá a casa?”. Yo le contesté que pronto, que saldría de la cárcel y no volverían a detenerle. Entonces, María preguntó: “¿Es que papá no seguirá defendiendo la verdad?”. María tenía 8 años; Pere, 6; y Elisabet (Betona), 3. La estancia en la cárcel deterioró considerablemente su salud, ya de por sí precaria. El 24 de enero le pusieron en libertad mediante un indulto que él se había negado a solicitar a pesar de las presiones recibidas. Fue una maniobra política que el Gobierno llevó a cabo ante las presiones políticas extranjeras recibidas, especialmente de Francia. Salió de la cárcel en contra de su voluntad. Él no quería en ningún caso un indulto personal, sino una amplia amnistía para todos los presos políticos. La libertad estuvo marcada por un ambiente de confusión y ambigüedad, que él no pudo clarificar ante la opinión pública, ya que le censuraron todas las declaraciones que hizo explicando la verdad de los hechos. Únicamente *Vida Nueva*, en febrero, número 719, publicó una larga entrevista realizada por **Mari G. Santacaula** en la que Alfonso pudo explicar, a parte de muchas otras cosas, todo lo referente al indulto (lo que supuso de manipulación) y a las circunstancias que lo rodearon.

A finales de 1970, entramos a militar en Bandera Roja, una organización considerada a la izquierda del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Se metió en política sin perder su libertad. No era un activista, tenía una vena mística, se metió en la acción por imperativo ético. Nunca se sirvió de nada, sino que sirvió hasta el final a los demás.

Empezó una nueva editorial, Laia, junto a otros amigos, sin número de registro, que editaba obras filosóficas, culturales y colecciones dedicadas al tema social, que consideraba indispensables dada la situación de desierto cultural del país. Él era el director literario y se vio obligado a pasar censura previa, defendiendo uno a uno los libros que creía necesario editar. En esta época nació nuestro cuarto hijo, **Toni**.

En 1973, inicié junto a muchos otros —no quiero dejarme ningún nombre— el movimiento de Cristianos por el Socialismo (CPS), que intentaba conseguir para los cristianos de izquierda la plena ciudadanía en la Iglesia. El 19 de marzo, el día en que concluía el primer encuentro de CPS a nivel del Estado, al cual asistió haciendo un esfuerzo sobrehumano, tomando calmantes para soportar el dolor, decidí meterme en la cama, en contra del criterio del médico, que decía que no tenía nada impor-

tante, que los profetas tenían que estar delgados. Finalmente, accedió a cambiar de médico y le diagnosticaron un carcinoma generalizado. Tenía 39 años, le dieron tres meses de vida, vivió siete años y cuatro meses. Durante estos años, desarrolló una intensa actividad política, cultural y en la Iglesia para conseguir una mayor fidelidad al Evangelio. Manifestó su fe con convicción, era sobre todo un hombre de fe, ahí radicaba su fuerza. Él creía en Dios, en el Dios de Jesucristo que libera y anuncia la Buena Nueva a los pobres.

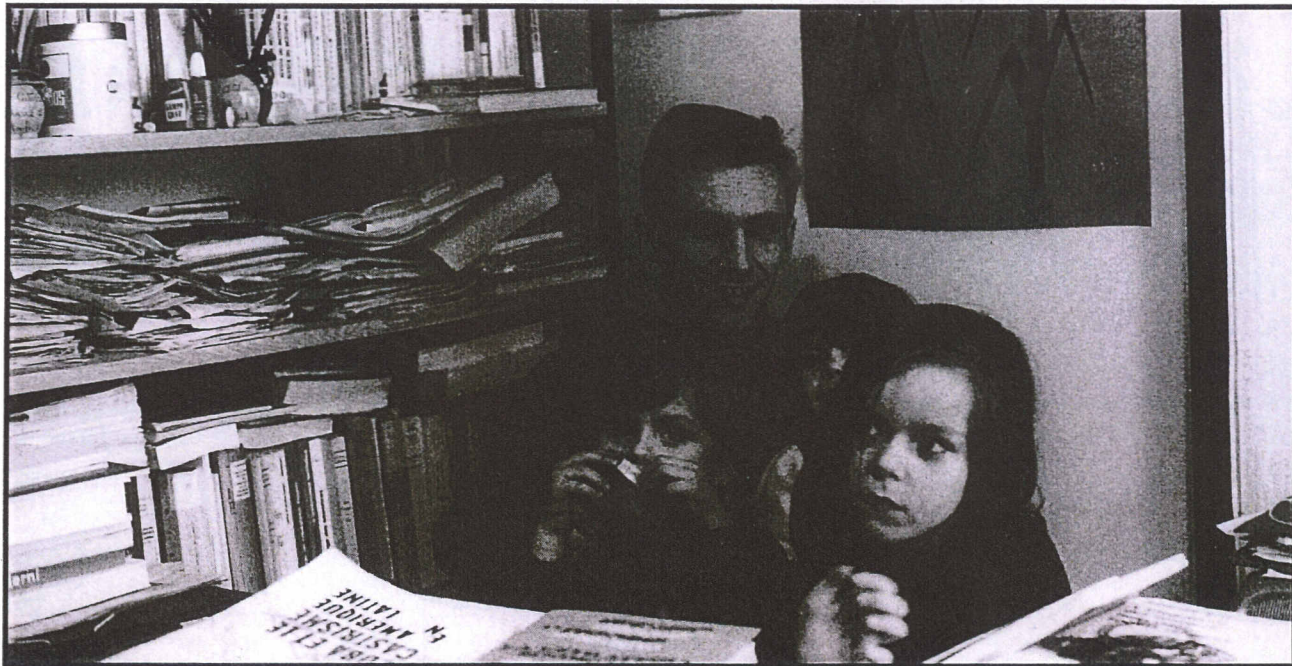
Junto a otros 400 cuadros y militantes de Bandera Roja, ingresamos en el PSUC en 1974, donde Alfonso ocupó puestos de dirección. Fue miembro del Comité Central y del Comité Ejecutivo, también perteneció al Comité Central y al Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España (PCE). Una de sus aportaciones políticas más importantes fue que ambos partidos se considerasen laicos, no ateos, y que pudieran militar en ellos personas de diferentes creencias religiosas y ateas, en igualdad de condiciones. Luchó contra todo dogmatismo, el de la Iglesia y el de los partidos.

Durante esta época, siempre que sus fuerzas se lo permitieron, viajó para participar en distintos encuentros: Francia, República Democrática de Alemania, Alemania Federal, Noruega, Polonia. En Austria, en unas jornadas internacionales sobre cristianismo-marxismo, organizadas por la Paulus Gesellschaft. En Venecia, en un encuentro organizado por *Il Manifesto*, con la ponencia “Liquidemos la herencia de una patrística marxista”. En Cuba, invitado por el Centro de Estudios sobre Europa Occidental, para dar una serie de conferencias. Con ocasión de este viaje, en el que coincidió con **Ernesto Cardenal** y monseñor **Menéndez Arceo**, obispo de Cuernavaca, firmaron una declaración llamada *Reflexión cristiana en Cuba*, en la que animaban

Comín trató de conocer los mecanismos de la injusticia y luchó por subvertirlos

a la Iglesia cubana a no quedar desfasada respecto al proceso de revolución del pueblo cubano y ser sal de la tierra. En Turín, invitado por el Partido Comunista Italiano. En Milán, para participar en el Congreso Internacional de CPS. Por tres veces, asistió al Congreso de Países Socialistas que se celebraba anualmente en Yugoslavia. Su último viaje lo hizo a Montilla (Córdoba), para asistir al Congreso de Comisiones Obreras del Campo. Su salud había empeorado. A la vuelta ya no pudo hacer vida normal, y siguió trabajando en casa en la segunda edición ampliada y actualizada de *España del Sur*. Mantuvo una actividad muy intensa, colaborando en revistas y diarios. En Navidad, se quedó en cama, pero, manteniendo el ánimo y haciendo un gran esfuerzo, continuó escribiendo. En febrero de 1980, renunció a su escaño de diputado en el Parlamento español, al que se había presentado para dar apoyo a las listas del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Los médicos esperaban todavía una recuperación, y se presentó al Parlamento de Cataluña. El 20 de marzo fue elegido diputado por el PSUC. El 24 de abril, en la solemne inauguración del Parlamento de Cataluña, fue el único parlamentario que no pudo tomar posesión de su escaño.

Su estado se fue agravando. Mantenía un coraje y una aceptación admirables. Nos comunicaba paz a todos. Cada semana celebrábamos la Eucaristía con los hijos alrededor de su cama, con **Josep M. Rovira Belló**. En la última eucaristía, Alfonso hizo una petición: “Por la conversión de la Iglesia”, dijo. Procuramos mantener en casa un ambiente de serenidad y, hasta cierto punto, de normalidad. Los dos hijos mayores, María (18 años) y Pere (16), sabían la gravedad de la enfermedad de su padre; los pequeños, Elisabet (14) y Toni (9), lo acompañaban siempre como los otros, pero sin conocer exactamente su estado de salud. Oía música: el *Réquiem* de **Fauré**, el de **Mozart**, **Brahms**, **Monteverdi**, **Bach**... La Biblia, el libro más leído: San Juan, capítulo de la Última Cena, leído una y otra vez. Murió el 23 de julio, poco antes de cumplir 47 años. Estábamos todos con él. Estoy escribiendo estas líneas poco después de la conmemoración de los 25 años de la muerte de Alfonso, que se celebró en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, en la que se leyeron escritos de Alfonso acompañados de un audiovisual con imágenes suyas de entrevistas como “La Clave”, “Encuentro con las letras” y con imágenes de la época que le tocó vivir, con sus músicas y canciones preferidas.



Me costó mucho iniciar los trabajos de preparación para el audiovisual. Visionar 80 películas Súper 8 de nuestra vida cuando los niños eran pequeños, buscar fotos de todas las épocas, textos de Alfonso para elegir los más adecuados para ser leídos en el acto de conmemoración... Hubo muchas propuestas de los hijos, de los miembros del Patronato y amigos de la Fundación. Visioné durante más de veinte horas en *Televisión Española*, *Televisió de Catalunya* (TV3) y la Filmoteca la historia de estos años, que es la historia de toda una generación. Ha sido una inmersión tan fuerte que, si bien los primeros meses la presión era difícil de soportar, los últimos tiempos, mientras trabajaba ya en el audiovisual, la imagen de Alfonso, la voz, el gesto, la palabra eran tan cotidianos que ha sido como si estuviera de nuevo compartiendo nuestro tiempo, nuestra cotidianeidad. No creo en los muertos; como dice **Pedro Casaldàliga**, "sólo hay vivos y resucitados". Creo en la Comunión de los Santos.